

I BIENAL **CARMEN**
NACIONAL **DELIA**
DE LITERATURA **BENCOMO**
INFANTIL
Y JUVENIL
2023



**César Luis
Franco Rivero**

A LAS NUBES EN UN VELERO

Ilustraciones de Ludwianna Piñero Pereira

NARRATIVA INFANTIL





A las nubes en un velero

I Bienal Nacional
de Literatura Infantil y Juvenil
Carmen Delia Bencomo
Género Narrativa Infantil
GANADOR 2023

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

A las nubes en un velero

© César Luis Franco Rivero

Diseño y Diagramación

Ennio Tucci

Ilustraciones

Ludwianna Piñero Pereira

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2023

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2023001469

ISBN 978-980-01-2399-7

César Luis Franco Rivero

A LAS NUBES EN UN VELERO

Ilustraciones de
Ludwianna Piñero Pereira

Monte Ávila Editores Latinoamericana
Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo IBIME



I Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil
Carmen Delia Bencomo
Género Narrativa Infantil

VEREDICTO

Nosotras, miembros del jurado correspondiente a la primera edición de la Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Carmen Delia Bencomo, después de haber leído el conjunto de textos presentados a concurso, hemos concluido eligiendo como ganador al texto titulado: "A las nubes en un velero", firmado con el seudónimo Viajero Imaginario. Abierta la plica, el seudónimo corresponde al autor: César Luis Franco Rivero, residente en Manicuare, estado Sucre, Venezuela. La obra está integrada por un conjunto de relatos de variadas temáticas, con dotes significativos en la construcción de tramas atractivas, interesantes, en el contexto de un mundo fluctuante entre la realidad y las posibilidades de la fantasía.

A los 25 días del mes de septiembre,

En fe de lo cual firmamos:

Laura Antillano

Carolina Álvarez Arocha

Yurimia Boscán



A las nubes en un velero

Lo venía pensando desde hacía algún tiempo, en su mente revoloteaba la idea del viaje hacia lo desconocido. Cada vez que iba a la playa en tiempos de lluvia, la mirada de Rodrigo se perdía en el horizonte. Los cúmulos cada vez se veían más bajos y desde la orilla se divisaban de un color gris oscuro, cargados de agua. Aunque el mar parecía plano, la curvatura de la Tierra lo engañaba con una ilusión óptica. Las nubes parecían llegar a la superficie del agua.

Había trabajado con sus mejores amigos, preparando una embarcación elaborada con madera muy liviana. Su abuelo le regaló clavos de aluminio y un buen martillo. Los meses que pasó ayudando en la carpintería a Valeriano, le habían dado los conocimientos suficientes para construir su barquita, con una quilla fuerte y un costillar delgado, pero resistente.

9

Luego se ocupó de las velas fabricadas con una lona vieja que el abuelo no usaba. Le pidió hilo y una aguja de vela y un poco de sebo de chivo para que la aguja traspasara con más facilidad la lona. Con ella la barcaza se movería rápidamente, impulsada por la fuerza del viento y llegarían más temprano al lugar donde se encontraban las nubes.

Todas las tardes acudía a la playa con sus amigos para observar el tiempo y planificar la travesía. Nada más esperaban un día con muchos nubarrones para emprender el viaje, preferiblemente durante los meses de mayo a julio cuando la brisa del sureste fuese suave y constante porque así es buena para navegar a velas. No había que perder mucho tiempo preparando el bote y sus aperos de navegación. Lo carenaron y enmasillaron entre los tres, y buscaron pintura y brochas para darle los últimos retoques. Después de secarse lo lanzarían al agua para ver su comportamiento.

Mientras tanto, había que encontrar dos remos por si la brisa cesase de soplar y unos toletes y estrobos donde engancharlos. El mástil, el pujamen, el palo de proa y las cuerdas que constituyen las jarcias que soportan las velas se los había regalado el abuelo; un viejo marinero que ejerció su oficio buceando perlas y comerciando pescado y sal con las ciudades costeras cercanas, de dónde traía frutas, casabe y papelón para vender en el pueblo.

10 Máximo y Mingo estaban muy entusiasmados con el viaje, Rodrigo los había contagiado con la ilusión de llegar a las nubes. Todas las noches se iban a dormir en la orilla de la playa, al aire libre, para divisar las estrellas y continuar soñando con el itinerario planificado. La falta de nubes en el cielo del pueblo permitía ver el universo en todo su esplendor, con sus constelaciones y sus galaxias, entre ellas la Vía Láctea. Eso lo habían aprendido en la escuela, con su maestra de quinto grado.

Al amanecer un chubasco tenue anunciaba la partida. Las nubes se veían saturadas en el horizonte. Introdujeron en la barcaza el bastimento y el agua suficiente para el viaje. Colocaron las velas, levaron el ancla y se despidieron del abuelo que había venido a darles los últimos consejos, para que tuvieran menos problemas durante la travesía; aunque el temor lo obligaba a elevar una oración por el bienestar de los tres pequeños aventureros. Levantaron la vela, fijaron el timón y emprendieron la ruta hacia el este.

Mingo se sentó en la proa para divisar algún obstáculo en el camino. Las pequeñas olas le mojaban los pies cuando salpicaban al chocar con la pequeña barca. Máximo siempre demostró excelentes reflejos y mucha pericia en lo que hace, se sentó al timón, atento a las indicaciones de Rodrigo; que iba parado en el mástil orientando con sus brazos el rumbo del pequeño velero.

Habían acordado navegar cerca de la orilla para evitar que algún percance durante el trayecto los obligara a naufragar. Aunque Mingo opinaba que, debido a la gran cantidad de ensenadas que existen en el golfo, se les iba a ser más largo de esa manera, porque había que entrar y salir de ellas. Eso les pareció una opinión lógica y decidieron navegar en línea recta.

El mar tenía un color turquesa cerca de la orilla debido a la cantidad de algas y arrecifes coralinos existentes a lo largo de la costa. Rodrigo alertó a Mingo que estuviera pendiente de la profundidad

de las aguas, por si acaso divisaba algún promontorio de corales muy superficial, cuando navegaran cerca de una punta. Estaba consciente de lo distraído que era su amigo y había que cuidar el lado de babor, por su proximidad a tierra.

Al alcanzar las ensenadas desaparecía el peligro de chocar con algo. El azul intenso de las aguas denotaba mayor profundidad. La vela se tensaba al contacto con el viento y el velero avanzaba muy veloz, en su desplazamiento lanzaba mayor volumen de agua por los costados. Mingo se durmió durante ese trayecto y no se percató de que se acercaban a una punta. Rodrigo lo gritó para que estuviera alerta, pero ya era tarde; el botecito pasó rozando unos corales de fuego y su costillar crujió como si se hubiera fracturado algo, aun cuando Máximo ejecutó una maniobra en el timón, alertado por el grito de Rodrigo.

12 Fue un momento de mucha tensión. Todos se pusieron muy nerviosos con lo acontecido. Por suerte, más adelante podían entrar a una laguna costera, donde siempre las aguas permanecen en calma, para revisar el daño ocasionado por el accidente. Arriaron las velas y acomodaron los remos para llegar despacio a la orilla. Vararon un poco el bote y lo inclinaron para observar si tenía algún desperfecto. La madera había sufrido una herida de cierta longitud y un raspón grande que desprendió buena parte de la pintura, pero no hubo perforación.

Decidieron descansar un momento, comieron algo y se hidrataron. El cielo estaba tan nublado

que el sol no se había asomado durante todo el día; por la tanto, habían perdido la noción del tiempo. Lanzaron nuevamente la embarcación al agua y volvieron a colocar los remos para salir de la laguna. Al llegar a la punta izaron la vela y continuaron su aventura, siempre con rumbo hacia el este, para encontrarse con las nubes. Empezó a garuar de nuevo y eso les levantó el ánimo.

La lluvia era señal de que las nubes estaban cerca y más bajas. Al mirar al frente había mucha neblina y se alegraron mucho porque pensaron que se estaban acercando al objetivo. Fue entonces cuando divisaron una columna de agua, como un embudo, que bajaba de las nubes hasta el mar. Parecía que las nubes se estaban chupando el agua del mar para alimentarse.

Rodrigo recordó las palabras de su abuelo cuando se despidió de ellos en la orilla de la playa: «Cuidado si se encuentran con una columna de agua parecida a un embudo; eso es una tromba marina que gira muy rápido como si fuera un tornado, no se acerquen mucho a ella. Esos fenómenos son la creación de un ángel malo para beberse toda el agua del mundo». No tuvieron tiempo de retroceder, el fenómeno se desplazó muy rápido y los envolvió. Los había sorprendido el torbellino.

La pequeña barca empezó a girar en el sentido de las agujas del reloj dentro de la tromba, los tres amigos estaban muy confundidos y no sabían qué hacer. Los movimientos giratorios eran ascendentes y en cada vuelta los elevaba a mayor altura. Casi no

se divisaba la superficie del mar, todo era oscuro y frío. La vela se había despegado y daba vueltas alrededor de ellos. Cada uno se aferraba más fuerte a los listones de la embarcación.

De repente sintieron que todo se había paralizado. Ya no daban vueltas, aunque no se divisaba nada todavía, parecía que una cortina de agua tapaba la visión hacia el exterior; aunque sentían un desplazamiento horizontal, como si el viento los estuviera arrastrando en el aire. Súbitamente experimentaron otro movimiento circular, pero en sentido contrario al anterior. Ahora giraban hacia la izquierda y caían lentamente, como si las nubes se estuvieran descargando a chorros, para librarse de ellos.

Un golpe debajo de la embarcación despabiló a los tres amigos y notaron que habían caído y flotaban en la superficie del mar. Se dieron cuenta que la pequeña barca estaba anegada. El agua les llegaba a la rodilla. Mingo y Máximo sacaron dos totumas y empezaron a achicar, mientras Rodrigo recuperaba la vela para volver a instalarla. Miraron hacia tierra y se percataron de lo cercano que estaban del pueblo.

14 La tromba los desplazó hacia el oeste y les ahorró el trabajo de volver a colocar la vela. Acomodaron los remos en los estrobos y los ataron a los toletes para volver a la orilla de dónde habían partido. El abuelo los estaba esperando para darles la bienvenida, ansioso por saber todo lo acontecido durante el viaje a las nubes en un velero.

Las recolectoras de estrellas

En la época de invierno el clima se vuelve denso y la neblina cubre los espacios con su blanco manto. La Luna se asoma con timidez entre las nubes y la oscuridad llega temprano, aun sin caer la noche. Mi abuelo me contó que, en esos tiempos, las estrellas fugaces cayeron en el lago cuando se desprendieron del punto imaginario que las ataba al cielo.

—¿Tú has visto las estrellas cuando se desprenden del cielo? — preguntó mi abuelo

—Sí. Las veo en su vuelo rápido, con su luz efímera —le respondí— Yo siempre pido un deseo antes de que su cola de luz se extinga.

—Bueno, las estrellas se apagan cuando caen en el agua y se hunden —continuó mi abuelo—. Al llegar hasta el fondo del lago no pueden volver a brillar de nuevo por si solas y pierden la facultad de relucir con su propia luz, entonces esperan que los seres mágicos de la noche las puedan ayudar a salir de las profundidades.

Según mi abuelo, en las noches muy oscuras, cuando la neblina aprieta y el frío nos obliga a guarecernos en la casa, emergen del lago unas hadas llamadas ninfas que tienen el poder de proteger las aguas del lago y los ríos que llegan a él, los bosques,

las montañas y los manantiales. Una tras otra traen en sus manos las estrellas caídas que rescataron del fondo del lago, brillando dentro de unas lámparas incandescentes que permiten ver con claridad todo el campo.

Las hadas suben a las copas de los árboles y cuelgan allí las lámparas para dispersar la neblina e iluminar los caminos que unen las aldeas campesinas cubiertas por las tinieblas. De repente todo el cielo se despeja y vuelven a brillar las estrellas en el universo. Un polvo cósmico cae del cielo y con una fuerza magnética atrae a las estrellas que cuelgan de los árboles, las cuales unidas por un hilo resplandeciente se escapan de las lámparas y se elevan en el aire hasta posarse de nuevo en el firmamento, rodeando a una luna triste que a partir de ese momento sonrío feliz.

16 Las hadas flotan en el aire sin tocar el suelo y se llevan la neblina detrás de sus largos y vaporosos vestidos blancos, hasta devolverla a las aguas tranquilas y cristalinas del lago. En ese espejo se reflejan las caras risueñas de todas las estrellas, porque de nuevo se encontraron con las que quedaron formando agrupaciones adoptando la forma de un animal o un ser mitológico. La constelación que más me gusta es la de Orión, la que tiene forma de un cazador con dos grandes estrellas en su cinturón, las cuales se pueden ver rutilantes y hermosas desde el oscuro patio de mi casa.

Mi abuelo contaba que las hadas son atraídas por los jazmines que florecen alrededor de nuestra casa.

Sin que lo notemos, con esa fragancia se introducen por las ventanas durante toda la noche, nutriendo el aire con el florido aroma y, finalmente, se ocultan al llegar la luz de la alborada. Por eso el olor de los jazmines no se percibe mientras persistan los rayos del sol. Las hadas duermen durante el día y aparecen de noche para cuidar nuestros sueños, mientras se esparcen sutilmente por todo el ambiente con el aroma de los jazmines.

A mí no me gusta que las hadas se refugien dentro de los baúles porque se entristecen y se afligen en esa oscuridad húmeda y cuando voy a buscarlas las hallo maltrechas y arrugadas, con muy pocas ganas de salir, abatidas por la melancolía. Mi abuelo me confesó que la estrategia más apropiada para que las hadas descansen bien durante el día consiste en dejarlas dormir en el jardín, entre el olor y el colorido de las flores o refugiadas bajo la sombra de los árboles frondosos de nuestro patio.

Relataba mi abuelo que las hadas se convierten en mariposas o abejas que ayudan a polinizar las flores para que ocurra la fecundación y se transformen en las frutas que nos sirven de alimento y nos proveen de semillas que garantizan la próxima siembra. Él creía que los colibríes son hadas que guardan el alma de algunos de nuestros ancestros y vienen en sublime y vertiginoso vuelo a visitarnos ocasionalmente para saber de nuestra existencia en este mundo.

También decía mi abuelo que cuando uno va creciendo y comienza a pensar como los adultos tiende

a desaparecer la sensibilidad mágica de percibir el encanto de las hadas y las maravillas que nos regala la naturaleza. Después no entendemos que las hadas son las encargadas de mantener la magia y la candidez de los espacios naturales. Por eso cuando uno entra en un bosque siente la energía que lo llena de una misteriosa vitalidad.

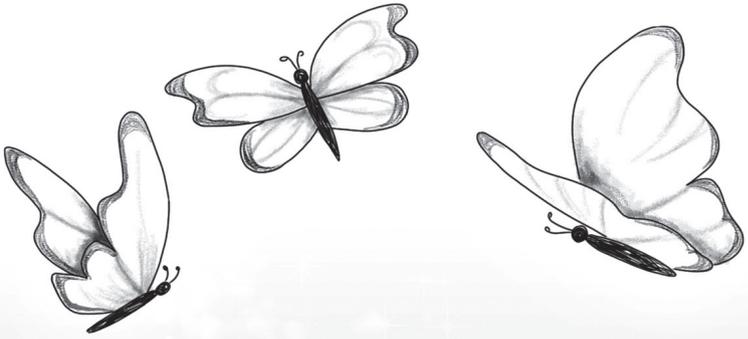
Según mi abuelo, la gente que dice ser madura no respeta los espacios naturales, los contamina y los destruye. Por eso no me gustaría crecer, para no perder esa ternura concedida por Dios a los niños. Quisiera seguir siendo así para toda la vida o, por lo menos, vivir para siempre en el mundo de los niños, aunque aumente mi estatura.

Ya mi abuelo no está en el mundo de los vivos. Era una persona excepcional, escribía las historias para contárnoslas a nosotros y a todos los niños del pueblo. Recuerdo que durante las noches de luna llena nos sentábamos alrededor de él, en la orilla del lago, para escuchar atentamente los cuentos que relataban sus aventuras en este mundo y las fábulas de seres maravillosos que nos hacían la vida más placentera.

18

Siempre me manifestó mucho amor en cada uno de los encuentros que sostuvimos. La última vez que habló conmigo estaba muy viejito y me pidió que, cuando él partiera, le guardara en un canasto todas las estrellas que las hadas recogieran en el lago. De ese modo, tendría suficiente claridad para verme desde el cielo y protegerme en cada paso que diera.





La noche de las luciérnagas

La noche en el campo es totalmente oscura. En escasos sitios hay luz eléctrica. Las aldeas están conformadas por pocas casas cercanas y sólo la luz de las velas ilumina los espacios interiores hasta derretirse completamente. Cuando queda el monte oscuro y la noche anuncia niebla cantan dormidos los grillos y las estrellas se alumbran con la luz de las luciérnagas.

La tristeza había invadido el campo. Los incendios provocados para cosechar la caña de azúcar obligaron a los árboles a arrinconarse en las cañadas para salvarse del fuego que calcinó las hierbas que invadieron las laderas de las montañas. Todo el paisaje cambió su color verde por el negro color del carbón y el gris de la ceniza.

El bosque también sintió el resplandor del incendio y las hojas de los árboles crepitaban al paso de la candela, poco se salvó en ese tiempo. Fue una guerra contra toda forma de vida, incluyendo a la que se refugia en el suelo. Solo el bosque la preservó entre las hojas muertas, aunque los manantiales se secaron. Los pájaros desesperados huyeron de aquel infierno y pocos volvieron a entonar su canto en la lóbrega mudez del bosque calcinado.

Los campesinos decían que los fantasmas le prendieron fuego a la montaña cuando se apoderaron de todo y hasta se apropiaron de la mente de algunos campesinos que se volvieron locos porque perdieron sus cultivos y malbarataron el dinero de la venta de las cosechas anteriores. El viejo Víctor perdió todo el conocimiento de su realidad y andaba por los caminos con un palo en las manos azotando a los caminantes, alegando que él era el espíritu de Don Toribio y que había sido encomendado para castigar a los que andan profesando la maldad del mundo y también se volvió agresivo con los niños de la aldea.

Una noche se escuchó un sonido que emergía de la tierra. Los niños abandonaban el pueblo furtivamente sin que sus padres lo notaran. El bosque les llamaba, les esperaba para que lo salvaran de las espantosas acciones humanas.

De repente en la oscuridad, el camino se iluminó con una cadena de luciérnagas sujeta a los troncos de los árboles, para estimular a un manto resplandeciente que brotaba del interior de la hojarasca. Esos diminutos seres que habitaban el suelo se habían agrupado para devolverle la vida al bosque.

Una neblina plomiza envolvía el ambiente y tomaba forma de figuras humanizadas. Esa noche se habían reunido los Encantados para suplicar la ayuda de los niños del pueblo.

—Queremos que cada uno de ustedes adopte la forma y el color de una mariposa que simbolice su alma.

Milana, levantando sus brazos, con el vigor de siempre, tomó la forma y el color de una mariposa azul, porque estaba segura de que su nacimiento representaba la alegría, la prosperidad y el cambio de suerte de aquellos espacios deprimidos por el fuego y la pobreza.

Gael se transformó en una mariposa amarilla asumiendo que su presencia significaba el principio del nuevo período de éxito en la vida.

Los demás niños se convirtieron en mariposas de colores violetas, verdes y rojos que revoloteaban entusiasmadas para que la vida retornase al equilibrio, la armonía, la estabilidad, la alegría y la pasión, la buena relación con las personas del pueblo y el regreso de quienes se alejaron en el pasado.

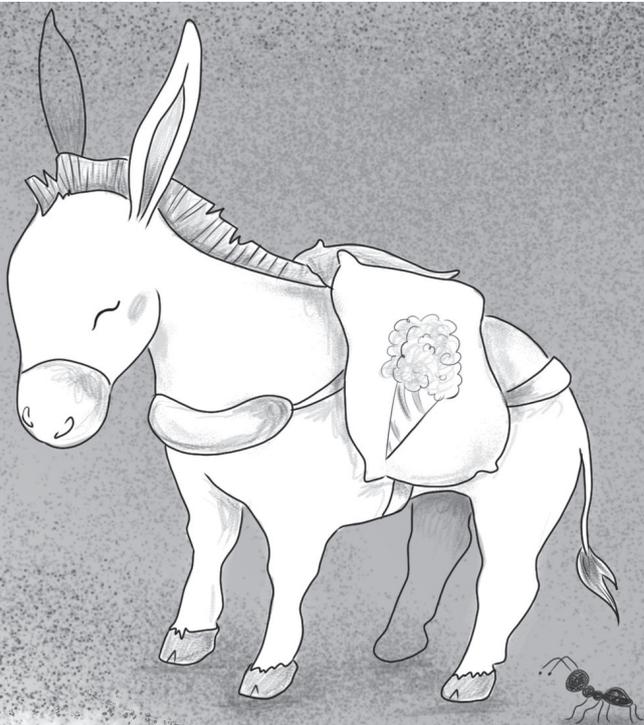
De las dinámicas alas de las mariposas se desprendieron haces de luces que pintaron el ambiente con el color de cada una, semejante a polvo de estrellas, como escarcha centelleante. El canto melódico de los pájaros, los grillos y las chicharras se convirtió en una encantadora música que ondulaba en la fresca brisa y batía las escasas hojas, mientras comenzaba a manar el agua nuevamente. La maravillosa iluminación del bosque atrajo a los otros animales que se habían marchado.

Las mariposas crearon un halo mágico que estimuló el retoño de nuevas hojas y flores de la piel

marchita de los árboles. Esa noche el bosque volvió a la vida y los niños, con el amanecer, retornaron victoriosos al pueblo, sin que nadie se diera cuenta. Cada uno llevaba una corona de luciérnagas brillantes en la cabeza para iluminar el camino de regreso. El manantial brotó de las entrañas de la tierra y ahora el campo tenía de nuevo un fresco olor a primavera.

Milana, Gael y los otros niños fueron reconocidos por el Sol como héroes. Los pequeños militantes de la vida volvieron triunfantes al pueblo entonando una canción de alegría. Habían alcanzado la proeza de devolverle la vida al bosque y el flujo de agua a los riachuelos. Los niños habían logrado su hazaña usando su inocencia, su candidez, su creatividad y su imaginación durante una noche de fantasía.





La nube de algodón de azúcar

En la orilla de la playa la calma alimenta sueños y viajes. El niño soñaba con paisajes ubicados al otro lado del mar. La montaña se veía distante y en diversos tonos de azul. Desde lejos, al pie del mar, se veía baja, pero a medida que la visión se hacía borrosa se elevaba hacia el cielo y una corona de nubes adornaba su cabeza.

El niño construyó una balsa con la madera varada para emprender su fantástico viaje. La improvisada embarcación era arrastrada por las corrientes del noroeste. A su lado el perro ayudaba con la cola a empujar para llegar más rápido y una tortuga marina también se unió a la tarea de impulsar la rústica embarcación, mientras un delfín tomaba en su nariz una cuerda de majagua y halaba con todas sus fuerzas.

27

Al llegar a la otra orilla del mar, el niño encontró una exuberante vegetación que le impedía ver la montaña; ya no era azul el paisaje. Había cambiado a un verde de distintos tonos en las hojas de los árboles y se sentía confundido y con ganas de devolverse a su lugar de origen.

No sabía dónde estaba y el perro empezó a caminar por un angosto sendero que alguien había

construido con su paso. Inmediatamente, al avanzar, se dio cuenta de que era una empinada cuesta que le provocaba mucho cansancio. Se sentó a descansar un rato y escuchó el cantar de pájaros cada vez más cercanos, lo cual le incentivó a continuar su camino.

Los árboles eran más altos a medida que avanzaba en la subida, a sus oídos llegaron los susurros de un manantial que caía y pensó en calmar su sed. “¿Cuánto me faltará para llegar a la cima?”, se preguntó. Entonces se encontró con un pequeño campesino trabajando un maizal. Le pidió que lo orientara en su camino para localizar la corona de nubes en la cima de la montaña.

El campesino se sintió feliz al ver al niño aventurero y le contó que la corona de la montaña no era de nubes sino de algodón de azúcar y que le gustaría guiarlo hasta allá si la compartía con él. El niño pensó un rato en las otras personas con quien compartiría el algodón de azúcar y le respondió afirmativamente a su nuevo amigo.

28

A medida que avanzaba por el sendero empinado sacaba cuentas de los pedazos que le daría a los amigos que lo habían ayudado a llegar a la otra orilla: un tanto para su amigo el perro, otra parte para la tortuga y otra para el delfín y, si podía montar un poco en la balsa, la llevaría hasta su casa para darle una parte a sus hermanitos y a sus otros amiguitos. Por fin llegaron a la cima, pero la corona de algodón de azúcar había desaparecido. Una fuerte brisa la arrastró del lugar y estaba por esfumarse debido al

calor del sol. De repente el nuevo amigo le comentó que si esperaba la noche la corona volvería a aparecer con el rocío y el frío del amanecer.

Esa noche casi no durmió, ansioso por ver a la corona posarse nuevamente en la cabeza de la montaña y empezar a recoger su cosecha de algodón de azúcar. Al llegar el alba la introdujo en unos sacos con la ayuda del perro y su amigo. Emocionados montaron la carga en un burro que le prestó su amigo, para luego llevarla montaña abajo, mientras amarraba un trozo muy grande para transportarla en hombros y emprender el camino por el mismo sendero de la subida.

El sol despuntaba en el horizonte. A medida que bajaban la cuesta, se dio cuenta de que la nube de algodón de azúcar se iba derritiendo sobre su espalda y detrás de ellos un ejército de hormigas caminaba aprovechando el líquido dulce derramado. Al llegar a la orilla de la playa tampoco encontró nada dentro de los sacos.

El calor del sol lo despertó del profundo sueño que lo había vencido dentro de un bote varado en la improvisada enramada construida en la orilla de la playa.



Los niños que crearon la navidad

Diciembre llega con su viento cordillerano, obligando a desempolvar la deshilachada ropa que protege del frío. Una tenue llovizna acompaña el amanecer de cada día. Desde noviembre los días despiertan acurrucados entre las laderas de la sierra para guarecerse entre las hojas de los árboles. Una brisa helada congela las ilusiones de una vida próspera.

Los niños viven deseosos de finalizar las actividades de la escuela para ayudar a sus padres en las faenas de siembra. Caminando por las rutas marcadas para llegar al conuco, con un transitar despacio sobre la hierba mojada por el rocío mañanero, esconden sus manos debajo de las axilas para protegerlas del viento gélido que viene del noreste. Con sus pómulos rosados y la mirada triste avanzan a desmalezar el frijol, las caraotas y el maíz; sembrados en octubre para cosechar en enero.

31

No hay Navidad en estos lugares. No es la costumbre. No hay regalos, hay mucha pobreza. No hay fantasías, las ilusiones no se permiten en este mundo precario. No se celebra el nacimiento del niño Jesús, ni la llegada de los Reyes Magos, a pesar de ser una tradición reforzada por la escuela. No hay tiempo para eso. Todos los días son iguales y

por las noches, en medio de la oscuridad del monte, hay que dormir temprano porque al día siguiente se debe madrugar.

El niño Jesús no transita los caminos que conducen a las casas de los niños campesinos, porque no sabe andar por las veredas oscuras y resbaladizas de la cordillera, es la respuesta de los atribulados padres y abuelos a la pregunta que hacen los niños de por qué ellos nunca reciben regalos del niño Jesús y los Reyes Magos.

No hay alegría en el ambiente campesino para estas fechas. Los niños, entusiasmados por la maestra, en la pequeña escuela unitaria se reunieron para diseñar un pesebre. Fueron a la laguna vecina a buscar juncos y al conuco a cortar láminas del tallo de las matas de plátano, para ponerlos a secar y preparar una fibra moldeable, que les serviría para armar las figuras que conforman la representación del nacimiento del niño Jesús.

32

La maestra llevó una revista a la escuela con fotos de un pesebre y de cada figura representativa de los personajes que lo conforman. Allí notaron todos los rasgos y empezaron a armar las figuras con la ayuda de la maestra y de algunas madres colaboradoras. Cada niño se dedicó a elaborar las figuras con las cuales se identificaban. Dejaron la confección del niño para el final.

Las representaciones de la mula, el buey, San José y la Virgen María fueron los primeros en ser elaboradas con cachipo; luego se fabricaron los

reyes magos cabalgando sus camellos, los pastores, las ovejas, las casitas de la aldea y el establo donde nacería el niño, el cual fue construido con esteras tejidas con juncos en el techo y las paredes, sostenidos por palitos secos traídos del bosque. Un poco de hierba marchita conformaba el piso donde descansaban los animales y serviría de asiento al parto de la virgen.

Después de haber sido elaborado el pesebre, la maestra propuso dejarlo en la escuela hasta el final del período escolar y luego fuera trasladado a una casa de la comunidad. Los niños propusieron colocarlo en la casa donde vivía María, una joven embarazada que debía parir durante esos días navideños. Así lo hicieron y sorprendieron a María con la colocación del pesebre en el improvisado portal de su casita de bahareque. Detrás reposaban amarrados una vaca y un burrito que ayudaba en las labores del campo y trasladaban a sus dueños al poblado más cercano.

El niño de cachipo no debía aparecer hasta las doce de la noche del día 24, cuando nacería, de acuerdo a la tradición. Cada amanecer despertaba con una sensación de ansiedad por la llegada de la esperada noche del nacimiento. Una de las madres colaboradoras era la responsable de llevar el niño para que los niños lo colocaran en el pesebre al llegar la hora. Todos los niños se reunirían allí en ese momento, avanzando en grupos por los caminos oscuros, pero iluminados por mechuzos preparados

en latas con arena y gasoil que recolectaron con los camioneros que transportan las cosechas.

La casa de María no poseía luz eléctrica y una débil lámpara iluminaba la sala. Ese día no llovió, pero la temperatura seguía bajando. Los niños avanzaban cruzando los brazos para impedir que se congelaran sus suetercitos ruidos y el frío no penetrara por los poros de la piel, algunos adultos mayores acompañaban en la aventura. El encuentro estaba dispuesto para antes de cumplirse el último segundo del día 24. Al comenzar el primer segundo del 25 debía nacer el niño Jesús.

Faltaba poco para llegar a la casa de María, sorpresivamente la noche empezó a iluminarse, la Luna no podía perderse el acontecimiento y a plena luz apareció sonriente sobre los picos de las montañas; los sabios ancianos de la aldea relatan que cuando la Luna sale a mostrarse esplendorosa en el cielo las estrellas la ovacionan con fulgurantes destellos.

Llegaron a punto de las doce a colocar el niño en el nacimiento y a esa hora ocurrió un suceso que los sorprendió a todos. El Bucare, ubicado al lado de la casa de María, empezó a iluminarse con luces intermitentes como las de un árbol de Navidad. Miles de cocuyos encendieron con sus luces naturales de diversos colores. La Paraulata entonó doce tonos de su canto melodioso, anunciando la hora del nacimiento del niño y en la copa del bucare se posó un lucero conformado por la alineación de cuatro brillantes planetas.

Justo a las doce, María acababa de parir un niño hermoso, como para dar fe del nacimiento de Jesús. Los niños colocaron en el pesebre la figura del niño Dios, elaborada con fibra de cachipo y entraron a la casa a contemplar con reverencia al hijo de María. Esa noche no durmió nadie. Con la llegada del alba todos los pájaros, las ardillas, los conejos y las lagartijas trajeron del campo flores de diversos colores para adornar el árbol que floreció de nuevo en la Navidad, al tono del canto de paraulatas y turpiales, mientras las golondrinas y los colibríes revoloteaban jubilosos por todos los espacios.

Los niños se reunieron y propusieron a María a bautizar al niño con el nombre de Jesús, para revivir la Navidad desde los sentimientos más sublimes de los seres humanos. Así, de esa manera, los niños crearon la Navidad en unos parajes donde nunca antes se celebraba.

Un nacimiento en el mar

Entre tunas y retamas avanzan los pastorcitos con el arreo de cabras por el monte espinoso. Se hace tarde y es necesario llegar al corral antes del oscurecer. Habían salido después del mediodía a reunir el pequeño ganado en el punto que le sirve de dormidero; tal cual se lo había enseñado su padre. La marcha iba a ser lenta porque en tiempos de Navidad, muchos chivitos han nacido o pronto nacerán. A esa hora el crepúsculo vespertino es impresionante debido a la diversidad de matices que colorean el cielo.

36

Al llamado de las cabras los pequeños cabritos responden para que sus madres sientan que están cerca; cada cabra reconoce a su hijo por el sonido de su balido y cuando se acerca a mamar le olfatea el rabo para asegurarse de que ése es el suyo. La noche se aproxima y todavía falta bajar el cerro para llegar a la aldea donde están los corrales. Los chivos adultos son encerrados en un corral grande y los pequeños en otro de menor tamaño para que el ordeño al amanecer provea de suficiente leche para alimentar a los niños.

José complementa el oficio de cría y pastoreo de cabras con la carpintería, la pesca y el cultivo de

patillas y melones que durante los meses de julio, agosto y septiembre siembra en un improvisado conuquito cercado con ramas espinosas, aprovechando las pocas lluvias que caen en el desierto de la península de Araya. En ese tiempo también varan en la playa algunos troncos que vienen flotando sobre las aguas del golfo, arrastrados por la corriente del río Manzanares.

Con la ayuda de otros lugareños José saca los troncos del agua salada y los pone a secar al sol para luego convertirlos en tablas, las cuales son sometidas a un tratamiento con una resina astringente extraída el fruto del Dividivi. La resina sella los poros de la madera y no permite que se enchumbe al contacto con el agua. Después la pone a secar al sol y sirve para construir las embarcaciones donde realiza sus faenas de pesca y trasladarse hasta la otra costa del golfo cuando necesita hacer diligencias en la ciudad.

María espera ansiosa que José llegue a la casa al finalizar sus faenas de trabajo. José llega muy agotado porque trabaja todos los días expuesto a los rayos solares. En esta tierra el sol es inclemente, pero en la noche el mar va disipando el calor con la brisa fresca que sopla del sureste. El embarazo de María está a punto de concluir para los días navideños. Dentro de poco nacerá su niño, esperado con tanta paciencia. En esos días ha sentido algunas contracciones anunciando que la fecha del nacimiento se aproxima.

María le pidió a su hermana que llamara a su tía Antonia Margarita, la comadrona que ha asistido a las mujeres en el parto durante mucho tiempo en el pueblo. Casi todos los niños de la comunidad han venido al mundo en sus manos prodigiosas; tiene una gran experiencia en este ejercicio tradicional y es costumbre avisarle con anticipación de los síntomas que las embarazadas sienten cuando se avecina el alumbramiento.

La hora se acercaba al igual que las sombras de la noche, ya la partera había entrado a la habitación de María. Estaba preocupada porque, al parecer, el proceso de parto no iba a ser fácil. Antonia Margarita sale de la habitación y le dice a José que el parto es dificultoso y que prepare el falucho, por si algo se complica, para trasladar a María al hospital de la ciudad.

38 José prepara la vela latina que usa su embarcación e introduce unos remos, los estrobos y los toletes, por si la brisa llegase a amainar. Esa noche el terral frío soplaba desde el sureste porque las luces de la ciudad titilaban como estrellas cercanas. Era un viento propicio para navegar. La travesía a cubrir no era muy grande. Sin embargo, María debía ir cómoda dentro de la embarcación y José introdujo un catre elaborado con jachos de cardón macho y colocó suficientes colchas gruesas de algodón, encima del mismo.

Avanzada la noche, la partera decide enviar a María al hospital de la ciudad porque allí hay mayores recursos para atender cualquier tipo

de emergencia. Con la ayuda de su sobrino, José embarcó a María en el falucho y la cubrió con un encerado para que no se mojara. El sobrino levó el rezón y ayudó a desplegar las velas. Emprendieron el viaje hacia la otra orilla con la fe puesta en sus ángeles protectores. María se quejaba y respiraba profundo cada vez que el niño se movía en su vientre. A José se le veía muy clara la preocupación en el rostro. Eran tantas las ganas de llegar pronto que la travesía parecía eterna. Era la noche de Navidad vivida con más angustia en toda su existencia.

Cuando la embarcación avanzaba de manera solvente, José sentía los golpes de las olas contra el casco y por intuición marinera esquivaba las más grandes y las sacaba por la popa, evitando que el falucho se escorara demasiado. El viaje era corto y rápido gracias a la incesante brisa. De repente cesó de soplar sobre las velas y el mar quedó completamente en calma. En la serenidad del mar se vislumbró el reflejo de millones de estrellas tejiendo una red en la superficie del agua.

José estaba muy angustiado y el llanto del niño lo sacó de su pesadumbre. María respiró profundamente después de un extenuante momento. Se había producido el maravilloso acontecimiento del nacimiento de una nueva vida. Arriaron las velas y quedaron a expensas de aquella tranquilidad en medio de una noche maravillosa sobre las aguas del golfo.

Fue entonces cuando empezaron a brillar las aguas al paso de un cardumen que danzaba jubiloso

debajo del bote, como celebrando la llegada del hijo de María y José. La circulación de los peces en derredor de la pequeña embarcación produjo el movimiento de grandes cantidades de diminutas algas que encendieron luces en el agua, como si todas las estrellas se hubiesen zambullido para iluminar la noche desde la profundidad del mar.

José decidió cambiar el rumbo de la embarcación para devolverse a la aldea con la buena noticia. La ardentía generada por los peces alumbraba el camino de vuelta. El sobrino colocó los remos dentro de los estrobos atados a los toletes y empezó a remar hacia el pueblo. El viaje iba a ser lento, pero con menos ansiedad. Los peces voladores saltaban delante del falucho señalando la ruta y los delfines acompañaban al lado de la proa, formando una estela plateada cada vez que salían a respirar.

40 Las opacas luces del pueblo costero orientaban el rumbo hacia norte. José estaba ansioso por llegar a su amado suelo. De pronto se le ocurrió la idea de elaborar dos lazos con el cabo y lanzarlos al agua, los dos delfines más fuertes que custodiaban el falucho los tomaron en su hocico y la embarcación empezó a deslizarse a mayor velocidad sobre las serenas aguas. La proa de la barca convertía el agua en hilos de plata, mientras avanzaba transportando a bordo la nueva esperanza.

El viaje se hizo más rápido y en la orilla de la playa muchos vecinos, amigos y familiares estaban esperando, como si estuvieran enterados de lo sucedido. Los aldeanos, sintiéndose afortunados

por lo sucedido esa noche de Navidad, tomaron a María y al niño en brazos y los llevaron cargados hasta la plaza del pueblo para ofrendarlos ante el pesebre elaborado de arena y barro e iluminado para celebrar la llegada del niño bendito. José, más tranquilo y sonriente, acompañó la procesión para rendir honores a su hijo con cantos de aguinaldos y parrandas que alegraron al pueblo:

I

Ha nacido el niño
ha nacido el niño
buscando un hogar
trajo la esperanza
que viene del mar
trajo la esperanza
que viene del mar.

IV

Que parió María
que parió María
una noche santa
y sus aguinaldos
el pueblo le canta
y sus aguinaldos
el pueblo le canta.

II

Que viene del mar
que viene del mar
con bellos cantares
a alegrar las pascuas
con ricos manjares
a alegrar las pascuas
con ricos manjares.

V

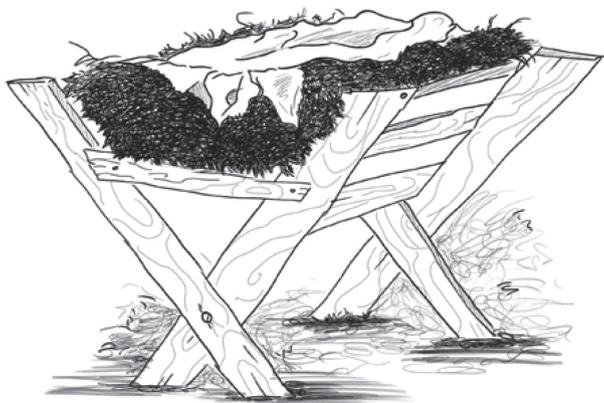
El pueblo le canta
el pueblo le canta
con tesón y empeño
para que se cumpla
su más bello sueño
para que se cumpla
su más bello sueño.

III

En estos lugares
en estos lugares
de mucha poesía
ha nacido el niño
que parió María
ha nacido el niño
que parió María.

VI

Su más bello sueño
su más bello sueño
con gran alegría
para que en el pueblo
no haya carestía
para que en el pueblo
no haya carestía.





Rebelión en el fondo del mar

No era un día cualquiera en el fondo marino, las aguas estaban adquiriendo un turbido color marrón desde hacía algún tiempo; ya no eran cristalinas como en el pasado. Los peces estaban muy inquietos porque no se podía distinguir nada desde lejos y se sentían temerosos por la posible aparición del tiburón para atacarlos en cualquier momento. Hasta el pez Ojón tenía limitada la visión de la fantasmal dirección por la que podía aparecer el temido agresor, no se podía ver muy lejos, ni usando binoculares hechas con escamas de sábalo.

La luz del sol no llegaba a la profundidad del arrecife. Las algas estaban enfermas como si algún padecimiento contagioso las hubiese atacado. El bagre había perdido la visión y se notaba su presencia por el brillo que emitía el anillo de una lata que se le había atascado en el cuello cuando trató de pasar a través de ella. Ya se estaba acostumbrado a ese tosco collar que usaba como accesorio para llamar la atención, a riesgo de ser degollado.

45

La cabeza de la tortuga se batía de lado a lado como si fuera una elástica. Se veía muy confusa tratando de deshacerse de una bolsa plástica que se había comido pensando que era una medusa que flotaba en

las aguas. Los corales estaban flácidos y anémicos. Su color rojo nacarado de reflejos aperlados se destiñó y ahora mostraban un color rosado pálido.

Los peces nadaban lentos con mucha debilidad en sus movimientos. Ya no se reunían en cardúmenes para conversar y divertirse. Andaban como locos con picazón en la piel. Las ostras y las almejas se habían vuelto viejas debido al influjo de los contaminantes disueltos en el agua en polución. Cuando trataban de alimentarse no estaban absorbiendo plancton, sino metales pesados.

El sapo gruñón observaba toda la situación desde la puerta de su cueva y soltaba espantosos ronquidos a los que pasaban perturbando su solitaria prisión. Fuertes eran sus gruñidos debido a su malhumor. Le molestaba el clangor de la trompeta o el redoble del tambor, cuando el pez trompetero y el pez tambor llamaban a reunión a toda la comunidad submarina.

46 Todos salieron a marchar para protestar la terrible situación. Las cachuas, los jureles, los negretes y el cazón sacaron unos carteles con toda la información. El robalo y el pez loro soplaron unos silbatos para llamar sin demora a pulpos y cacicatos. ¡A formar un alboroto! El calamar sin color informó que la medusa ya se estaba derritiendo por exceso de calor.

En una veloz carrera, el caballito de mar trajo la mala noticia, que el sapo fue sacado de su cueva porque le dolía una muela. El oxígeno era escaso, casi

estaba desmayado. Prácticamente no podía gruñir, se volvió ronca su voz. Sus ojos enrojecidos destellaban de rencor contra los que provocaron su tragedia y su estupor. Su cuerpo no reaccionaba, eran lentos sus latidos, fallaba su corazón.

La barracuda molesta con energía pronunció:

—Llamemos a las sardinas, para hacer un remolino nadando con precisión, que pueda limpiar las aguas enturbiadas impunemente por la contaminación.

Acudieron las sardinas con su gran congregación. Dando vueltas en redondo, con movimientos sincrónicos, fueron limpiando las aguas de toda la polución, hasta que el fondo brillara con lo radiante del sol. En el mar resplandeciente se respiraba mejor.



Balandro, el burrito pescador

Todos los días Balandro, el burrito de Perucho, emprendía su viaje a la playa. Caminaba todas las tardes por la orilla de la playa hacia el sitio donde Perucho tendía el filete para atrapar los peces durante la noche. Dos canastos atados al sillón llevaban las redes en su interior. Balandro andaba siempre cabizbajo y cadencioso. Era muy obediente. No necesitaba que su amo lo dirigiera para poder llegar a su destino. De tanto transitar los mismos caminos los había memorizado.

Perucho no tenía bote para tender sus redes en el mar. En las noches muchos peces se desplazan paralelamente a la orilla, por lo cual el filete se colocaba de manera perpendicular al movimiento de los peces. Al llegar con Balandro a la orilla, ataba una piedra en cada extremo de las redes y las introducía en los canastos y estimulaba al burrito con sus pies para que entrara en el agua. Las pequeñas olas lo mojaban, le temblaba el cuerpo y se le engarruñaba la piel.

49

Balandro daba algunos pasos desde la orilla hasta que sus patas dejaban de tocar el fondo; a partir de allí, las movía de adelante hacia atrás para continuar nadando con las redes encima. Al llegar a cierta profundidad el peso lo hundía mucho y corría el riesgo de ahogarse. Perucho tenía que lanzar muy rápido la primera piedra al agua para anclar las

redes al fondo. Balandro daba la vuelta y Perucho echaba las redes al agua con agilidad. Al terminar con el otro extremo de la red, la aseguraba lanzando la otra piedra, para que la corriente no la arrastrase.

Al salir del mar, Balandro se sacudía el exceso de agua salada y emprendía el camino de vuelta hacia la casa. Perucho lo enjuagaba con agua dulce para sacarle la salmuera. De tanto meterse en el mar, su pelo se había vuelto opaco. Quedaba amarrado al botalón de horqueta y lo alimentaban con el salvado y la chicha del maíz cocido. El burrito debía reponer fuerzas para el trabajo nocturno.

Al llegar la oscuridad, le volvían a montar los canastos atados al sillón. Lo desataban y soltaban para que emprendiera el camino a la faena nocturna. Perucho se montaba en el sillón y salía a reunirse con sus hermanos a buscar la sal. La extracción de sal fue otra actividad ancestral a la que no habían renunciado los descendientes de la etnia manicua-roide. La salina fue propiedad colectiva hasta que el Estado los despojó de ese derecho.

50

La salazón era la única forma de preservar el pescado capturado en la pesca nocturna, para venderlo o para alimentarse durante los días de escasez. Al llegar a la salina, los trabajadores de la orilla cobraban parte de su jornal con sal, de allí se deriva esa palabra salario. Llenaban los sacos y los introducían en los canastos de los burros. Balandro encabezaba la marcha por las quebradas secas. Cuando veían las luces de algún carro que transitaba por la carretera de tierra, los burros se detenían

y se ocultaban para que nadie les robara el tesoro que llevaban a cuestas.

Al llegar al caserío, las mujeres procedían a bajar la sal de los canastos para aliviar la carga de los burros. La tendían en el piso para que se secara al sol y estuviera dispuesta para la molienda en la piedra. Bañaban a los burros y los ataban. Había mucha tristeza en la mirada de Balandro cuando estaba cansado y amarrado. Añoraba poder liberarse de aquella sogas para ir a corretear con sus amigos.

Al alba había que ir de nuevo a la playa a buscar el pescado capturado en el filete. Balandro se volvía a introducir en el agua y Perucho recogía las redes en los canastos. Esta vez pensó bien las cosas y amarró las piedras que servían de ancla de un orinque con una boya. Ya el peso del pescado y las redes húmedas era suficiente para el burrito. Al llegar a la orilla, Perucho desenredaba el pescado y lavaba el filete para llevarlo a secar.

Perucho quería mucho a su burrito. Mientras caminaba delante del burrito cargado con las redes y el pescado, venía pensando en una forma de fabricarle unos salvavidas para evitar que algún día se le ahogara tratando de esquivar alguna ola más grande. Se le ocurrió la idea de elaborar el salvavidas con madera del árbol de Tacarigua, emulando una balsa por debajo del vientre de Balandro.

Balandro colaboraba con el trabajo de Perucho todos los días del año. Los fines de semana lo liberaban para que se reuniera y brincara en el monte

con los otros burros de la comunidad. Rebuznaba y saltaba con sus compañeros como si estuviera disfrutando de su compañía. Parecía que se contaban las experiencias de las faena. Algunas veces Rafaela lo pedía prestado para pasear por el pueblo al Judas que iban a quemar durante la Semana Santa. Y el lunes volvía a la misma faena diaria. Esa era la vida de Balandro, el burrito pescador.





El chivito huérfano

La aldea huele a chivos los fines de semana, todos los pastores de chivos salen a buscar su ganado disperso en el monte seco; los chivos andan sueltos en el monte buscando de comer algún pasto verde, los cuales son escasos debido a las condiciones de aridez de la zona.

Cada pastor sabe cuáles son los suyos sin temor a que se pierdan, cada rebaño se reúne a dormir en un sitio seleccionado. Cuando algún macho se encela con las cabras de otro criador, al recogerlos se lo envía a su dueño o manda a avisar para que lo vayan a buscar.

55

Es común que alguna cabra pueda parir en el monte, la cabra para tener sus crías selecciona un sitio seguro, alejado de las aves rapaces y de los zorros, por eso algunas veces es difícil encontrar a la cabra parida cuando los pastores se dan cuenta de que ese fin de semana no volvió al corral.

El padre de Juancito, un hombre sabio como pocos pastores, sabe cuántos animales le faltan sin tener el trabajo de contarlos. Ese viernes en la tarde encerró sus chivos como de costumbre, y se dio cuenta de que le faltaba la cabra rucia, la cual estaba próxima a parir. A los chivos de color pardo claro, canoso o de pelo grisáceo, se les llama rucios.

Como ya estaba anocheciendo, se dirigió a Juancito y a su hermano menor para decirles con mucha seguridad:

—Se preparan porque mañana temprano nos vamos para el monte a buscar esa cabra, en algún lugar debe estar parida.

Al día siguiente se despertaron con el alba, tomaron café con leche de cabra, cogieron unas botellas de agua que habían puesto a congelar la noche anterior y las envolvieron en unos paños para que no se derritieran tan rápido bajo la rudeza climática que impone el sol en el monte semidesértico, las metieron en bolsas de tela y salieron a buscar a la cabra rucia.

56 Después de andar cierto tiempo separados para cubrir mayor espacio, los dos pequeños pastores siguieron las instrucciones de su padre:

—Busquen en sitios frescos y sombreados, en las quebradas, bajo la sombra de los árboles, ninguna madre va a elegir un lugar con malas condiciones para parir sus hijos.

Juancito decidió meterse en una quebrada, al pie del cerro. Las paredes se iban elevando a medida

que se introducía en aquel hueco elaborado por la erosión causada por el agua que corre muy rápido en esos terrenos sin vegetación; en esos lugares casi nunca llueve tan fuerte, pero las pocas veces que ocurre, el agua no encuentra obstáculos y corre libremente erosionando y arrastrando el suelo suelto.

En el interior de la quebrada los árboles suelen tener más hojas debido a que allí se conserva la humedad por más tiempo. Llegando al final del lecho seco de la quebrada se observaban dos grandes peñascos casi desprendidos de la pared izquierda del cerro y debajo de ellos unas grietas grandes se habían formado, dando la sensación de desprenderse totalmente, debido a cualquier causa; hasta por el movimiento provocado por algún sonido.

Al levantar la vista, encima de un árbol desnudo por la sequía, el pequeño pastor se dio cuenta de la presencia dos zamuros acechando cualquier presa en estado de descomposición; su padre les había recomendado levantar la vista hacia el cielo para reconocer si cerca se observaban esas aves volando en círculo; pero no se percataron de tal situación hasta acercarse al lugar. En ese momento pudieron divisar otras aves iguales volando presurosamente.

57

Juancito se acercó a la grieta más grande y pudo ver con mucha tristeza el cadáver de la cabra rucia y más adentro reposaba su hijo escondido debajo de otro peñasco. Se aproximó a él y pudo ver que aún respiraba, trató de sacarlo y no pudo porque estaba apretado, tuvo que cavar el suelo con sus manos

para extraer la tierra por debajo del cuerpecito inmóvil, hasta llegar a su cabeza; al fin lo pudo sacar.

El chivito estaba muy débil, quizás no mamaba desde hacía dos o tres días. Tomó la botella de agua fría y rodeó su cabeza con la toalla húmeda, luego puso un poco de agua en la palma de su mano izquierda y la acercó a su hocico para que lamiera, pensando que podía hacer lo que hacen los perros, pero el chivito no reaccionaba.

Su hermano, Luis, venía dando gritos llamándolo para saber dónde se encontraba. Juan lo silbó para que lo localizara siguiendo el sonido y cuando miró la escena se entristeció mucho; tomó al chivito en sus brazos y le levantó la cabeza para que Juancito le pudiera dar agua, de esa forma pudo ingerir unos sorbos; subieron a la ladera del cerro y llamaron al padre para contarle la situación.

El padre cargó al chivito deshidratado y empezaron a caminar hasta llegar al corral donde estaban los demás chivos encerrados. Atraparon una cabra recién parida y le extrajeron un poco de leche, Juancito fue a la casa a buscar un viejo tetero, usado anteriormente para alimentar a otros chivitos mamantones y le colocaron la leche ordeñada, colocó la tetina en la boca del chivito y éste comenzó a chupar.

Ese día el chivito durmió en la casa al cuidado de la familia. Al amanecer el día siguiente, Juancito fue a buscar leche al corral y se la dio con el tetero, el chivito mamó hasta saciarse, eso lo alegró mucho,

porque su padre les había dicho que si aceptaba la leche de las otras cabras se podía salvar.

Al tercer día el chivito recuperó sus fuerzas para caminar. Juancito lo llevó al corral para que mamara de las cabras recién paridas que su padre no soltó porque sus crías eran muy pequeñas, pero ninguna cabra lo aceptó como su hijo. Al mover su colita las cabra olfateaban su olor y lo evadían porque no era su hijo y no aceptaban que mamara de sus ubres. Cada vez que lo intentaba era rechazado por las cabras.

Juancito intervino para inmovilizar a la cabra con el propósito de alimentar al chivito, a pesar de la resistencia que la cabra opuso, lo puso a mamar. Esa fue la tarea diaria antes de entrar a la escuela bien temprano, porque las clases comienzan a las siete de la mañana.

—Es un chivito hermoso, pensaba a cada rato.

Tenía la cabeza negra con un lunar blanco en la frente, los cuadriles negros con la barriga blanca y cuatro calcetines blancos en sus patas; le pusieron por nombre Lucero. A medida que fue creciendo se estableció una amistad con él y su hermano y cada vez que salían pegaba una veloz carrera detrás de ellos, dando saltos de alegría, hasta alcanzarlos y seguir el camino a la bodega a hacer un mandado. A todas partes los seguía, ya sea a la playa o al monte. Había que amarrarlo para que no se fuera detrás de ellos para la escuela.

Se estableció una gran afinidad entre los pequeños pastores y el chivito mamantón, en la noche

dormía al lado de ellos en un petate de juncos que la madre, con mucho amor, le tejió. Le gustaba que lo acariciasen en la barriga para dormirse y les sugería con la pata derecha para que lo hiciesen hasta quedarse dormido.

La playa no le gustaba mucho porque a los chivos no les agrada el agua, pero cuando fueron a la playa, se acostaba en la sombra de una enramada hasta que ellos terminaran de bañarse o de buscar el pescado para la comida. Los amigos le tiraban agua para bañarlo y salía en veloz carrera hasta evadirlos, luego volvía y balaba para atraer la atención de los amiguitos.

Un día Juancito y Luis estaban jugando en la calle y el chivito corría y saltaba detrás de ellos, de repente salió un perro de una casa y embistió al hermanito de Juan, pero el chivito se paró en dos patas y arremetió con sus cachos al perro hasta hacerlo retroceder y huir quejándose del dolor provocado por el golpe de los cachos.

60 Lo que más le gustaba era ir con ellos al monte los fines de semana a buscar a los chivos descarriados. Los viernes en la tarde, con la fresca, reunían los chivos en el dormidero cuando empezaba a caer la noche. Todavía sin oscurecer del todo, al morir la tarde, bajando el cerro, la luna llena se asomaba sobre el mar y el chivito empezaba a balar con la cabeza levantada como saludando a la luna.

Ese panorama regala una visión impresionante, el mar se divide en dos mitades con el haz de luz

plateado de la luna y el azul se degradaba en espectaculares colores que el prisma le concede al paisaje alumbrado por los rayos agonizantes del sol en el crepúsculo. Lucero, ya casi adulto, encabezaba el arreo del ganado hasta el corral, sin desviarse.

Algunas veces lo dejaron encerrado con los otros chivos para que se acostumbrara a andar con el resto del ganado caprino, pero por largos ratos lanzaba gemidos como quejándose por lo que le habían hecho, hasta que fueran a buscarlo para llevarlo a dormir en la casa. Los fines de semana ordeñaban las cabras para que él también tomara de la leche que servía para alimentar a la familia.

Al salir de sexto grado, el padre de Juancito lo inscribió para estudiar la secundaria en Cumaná, porque el pueblo carecía de un liceo y como el golfo de Cariaco es un aislamiento geográfico entre Cumaná y Manicuare, él no podía venir todos los días a su casa. La nostalgia lo invadía cada vez que tenía que devolverse a estudiar y lloraba al despedirse del pueblo y sus cosas más queridas.

Durante cinco días el chivito, ya adulto, se llenaba de tristeza y lo llamaba con sus balidos constantes, eso molestaba mucho al padre de Juancito, el cual no soportó tal situación, y aprovechando su ausencia lo vendió a un comprador que pasó un día por la calle en un camión, que llevaba algunos chivos encerrado entre las barandas de la plataforma.

El fin de semana, cuando Juancito llegó a su casa, buscó a Lucero por todos lados, para abrazarlo y

salir corriendo a jugar con él. Su madre fue la encargada de darle la triste noticia que lo haría llorar. A fin de consolarlo quiso entregarle el dinero producto de la venta, para que comprase unos zapatos, pero se negó a aceptarlo, porque para Juancito lo más valioso era el amor que sentía por Lucero, su chivito mamantón.





La boda de la luria y el calamar

Hoy el mar está de fiesta. Una boda está ocurriendo en su azul profundidad. Se casa la luria Laura con Cristino el calamar. La novia lleva un vestido de nácar y brillantes lentejuelas de escamas doradas. Con su más precioso ajuar se ve muy encantadora al lucir sus preciosas joyas, que fueron elaboradas con las perlas más finas que aportaron las ostras de ese lugar.

Presumida y orgullosa desfila sobre una alfombra de algas rojas. Presuntuosa se pasea hasta el altar del brazo del adorado padre, dos pececitos mariposas nadan a los lados y una pececita Damisela levanta la larga cola del vestido; mientras Cristino el calamar la espera muy nervioso, muriéndose de ansiedad. La luria se ve sonriente bajo el velo de coral, cuya limpia transparencia es incapaz de ocultar las señales en su rostro de tanta felicidad.

65

Desde el coro de la iglesia los peces cantores interpretan la dulce marcha nupcial. Todo el recinto se llena de un ambiente pletórico de dicha y prosperidad. Los asistentes aplauden cuando miran pasar a la novia, ponen caras de alegría, festejando sin cesar esta boda de la luria Laura con Cristino el calamar. La Mantarraya es el cura que oficia el acto nupcial, que ora mientras bendice los lazos que

están uniendo a la pareja conyugal, y salpica sobre ellos agua bendita del manantial.

Cristino levanta el velo y a su novia va a besar para confirmar su compromiso matrimonial. Y se toman de las manos, entrelazados de amor, para salir abrazados de la iglesia parroquial. El público a la salida, con hurras y elogios de aprobación, lanza perlas, corales y bolitas de sargazo que sustituye al arroz. Presagiando un porvenir con mucha prosperidad y una vida de bonanza en el mar de la ilusión.

Una carroza tirada por una docena de caballitos de mar, adornada con relucientes estrellas de mar y algas exuberantes de diversas variedades, está esperando en la puerta para salir a pasear. Presuroso está el cochero con su traje muy formal que, en una veloz carrera, va a trasladar a los novios hasta el más lujoso hotel, donde el calamar y la luria disfrutarán muy felices su dulce luna de miel. Y Cristino entusiasmado abraza a su novia fiel, pensando en la hermosa familia que siempre ha planificado, desde que, a primera vista, de Laura se enamoró.





La pequeña aprendiz de detective

Desde muy pequeñita, con apenas dos meses de nacida, sus ojitos abiertos buscaban identificar lo que se movía en su entorno. La curiosidad se asomaba en sus pupilas de color castaño oscuro. Giraba su cabeza, expresando su alegría por el nuevo aprendizaje para detectar el movimiento o los colores de los objetos y una sonrisa era su respuesta a cada descubrimiento.

A medida que pasaba el tiempo iba mejorando su destreza para captar las sensaciones del mundo externo. El piso mojado, el frío y el calor del aire, la aspereza del suelo o la suavidad de la grama en sus pies. El movimiento de los pequeños animales que deambulaban por el corredor de la casa despertaba su interés por saber a dónde se dirigían.

69

Aprendió a gatear persiguiendo hormigas y milpiés que salían de la grama a pasear por el piso frío de los corredores de la pequeña casa del campo. Investigaba de dónde salían los pequeños insectos

y los seguía hasta su cueva en alguna grieta de la pared. Algunas veces los tomaba en sus manos para palpar la flacidez de sus cuerpos. Un día llegó llorando porque la había picado un bachaco en el dedo índice cuando intentó tocarlo.

Al comenzar a caminar se dio cuenta de las pequeñas golondrinas que anidaban en los espacios vacíos que quedaban entre los listones del techo y la pared de la casa. Le llamaba la atención el chirrido de los pichones hambrientos cuando la madre les traía el alimento. En una oportunidad se apareció con un polluelo en sus manos, que se había caído, para que su mamá lo viera. La madre la orientó para volver a colocarlo en el nido con la excusa que se podía morir de frío.

70 A menudo se interesaba por oír los sonidos producidos en el monte. Durante el día escuchaba los cantos de los pájaros y de las aves domésticas, el bramar de las vacas, el ladrido del perro, el rebuzno del asno, el relincho de los caballos, el balar de las ovejas de la finca y en la noche el sonido de los grillos en la oscuridad. Aprendió a identificar cada animal imitando el sonido que emitía para comunicarse con los demás.

Reconocía el cielo por su color azul, el verde de las montañas y de los árboles, el blanco color de las nubes en el cielo despejado y el color gris cuando se anunciaban tiempos de lluvia. Cuando tenía tres años solía caminar con su abuelo por las veredas del campo hacía la casa y levantó la vista hacia el horizonte para decirle:

—Abuelo, las nubes están grises, parece que va a llover.

—Mi amor, ¿por qué tú sabes tanto? —preguntó el abuelo para conocer su respuesta.

—Porque soy una niña linda —respondió.

—Querrás decir inteligente —comentó de nuevo el abuelo.

—Inteligente y linda —replicó.

Tiene siempre una respuesta a flor de labios.

Un día se le ocurrió meterse en el jardín de dónde la abuela seleccionaba las flores para adornar la casa; debajo de la sombra de las palmeras, las heliconias, los helechos y las orquídeas. Allí ponía a volar su creatividad, jugando con sus animales de trapo y desarrollaba su imaginación creando historias y aventuras fantásticas, asignándole un nombre a cada muñeco.

Su abuela la llamó varias veces y no contestó. Estaba sumida en el mundo imaginario del «bosque mágico», como bautizó el jardín del abuelo. Tomaba en sus manos las mariposas que revoloteaban libando el néctar de las flores, para hablarle a cada una de ellas. La abuela, preocupada, comenzó a buscarla por toda la casa, hasta que recordó su afición por crear historias en sitios apartados, imitando las costumbres del abuelo.

Por las noches, cuando ocurrían apagones en el campo, el abuelo la llevaba a ver las estrellas y las luciérnagas. Al entrar y ver la casa envuelta en la oscuridad, a Milana se le despertó una curiosidad y le preguntó al abuelo:

—Abuelo, si las luciérnagas tienen luz ¿por qué no metemos algunas en una botella para iluminar la casa?

Al abuelo le pareció una magnífica idea y la aprobó con una sonrisa, expresándole:

—Primero vamos a ver si podemos atraparlas, después la meteremos en la botella y cuando nos vayamos a acostar las liberamos para que no mueran, porque ellas son más felices cuando andan libremente por el campo.

A Milana le gustó la sugerencia del abuelo y lo acompañó a buscar una botella transparente para colocarla como lámpara colgada en el techo, con las luciérnagas alumbrando dentro de ella. El experimento no fue tan bueno porque las luciérnagas no podían volar encerradas y al tratar de hacerlo tropezaban unas con otras y sus luces se apagaban rápidamente. Prefirieron soltarlas para que se quedaran volando e iluminando la sala de la casita.

72

A Milana le gusta crear personajes imaginarios. Un día adoptó tres perros cachorritos, los cuales trasladaba a cualquier lugar que visitara. Los embarcaba en el carro de su mamá y los llevaba a pasear al parque. Un día los llevó a la casa de los abuelos y los colocó imaginariamente en el sofá de

la sala. El abuelo llegó del patio y quiso recostarse a descansar en el sofá. Cuando se propuso sentarse escucho el grito de alerta de Milana:

—Abueeelo... no te sientes ahí, vas a aplastar a los cachorros.

El abuelo se levantó sobresaltado y soltó la carcajada por la ocurrencia de su creativa nietecita.

Milana conoce los sitios dónde están colocadas las cosas en su casa y en la casa de la abuela. Es una observadora perspicaz. Encuentra de prisa cualquier cosa que le ordenen buscar. No se le olvida ninguna experiencia que le ocurra. Debido a las enseñanzas de sus abuelos y sus padres fija los conocimientos en la memoria con mucha claridad. En el colegio la seleccionan siempre para interpretar algún personaje, declamar un poema o cantar alguna canción infantil. Pinta sus dibujos con sus colores preferidos y dibuja la bandera con grafito para después colorearla. No hay duda de que Milana será una buena detective o científica, o quizás como afirma ella:

—Cuando sea grande voy a ser una escritora.

Don Quijotico

A Rubén no le gustaba pelear con sus amigos, porque después de la pelea sentía que su ánimo disminuía mucho y eso lo hacía perder las ganas de volver a andar en compañía de ellos. Algunos lo molestaban sólo para verlo bravo. Cada vez que se enfurecía cambiaba de color, se ponía rojo como un tomate. No era muy diestro jugando metras y perdía casi siempre las metras que le regalaban, hasta quedar rucho, hasta quedarse solamente con la metra que usaba para jugar.

74

Tampoco sabía jugar mucho con el trompo. Como no tenía dinero para comprar uno pintadito de azul y rojo; por eso le pedía a su primo, Enrique, que le elaborara uno de cuica. La cuica es un árbol de madera blanca muy resistente y el trompo hecho con ella resistía mucha quiña, en caso de perder, que era lo que siempre ocurría. El papá de Enrique era carpintero y lo enseñó a fabricar los trompos. En la punta le colocaban un pedazo de clavo grueso y lo limaban con la acera, para que siempre bailara serenito.

Cuando iban a bañarse en la playa solían montarse en los hombros del amigo más fuerte para jugar a derrumbar al contrario. A todos les gustaba cargar Rubén, porque era el más liviano de ellos. Era de

contextura pequeña y delgada, pero ponía mucho empeño en cada juego para recompensar su debilidad corporal. Sus brazos eran delgados, casi sin músculos, las muñecas delgadas y los dedos largos y finos. Aunque fue muy inteligente construyendo estrategias para vencer a los demás amigos.

Casi siempre llevaba las de perder, debido a su débil estructura ósea y muscular. No le gustaba comer, porque la comida que preparaban en su casa siempre era a base de pescado.

—Me van a salir escamas —refunfuñaba cada vez que lo llamaban a la mesa.

Su dieta estaba desprovista de vitaminas y minerales e insuficiente para su sano desarrollo. A veces la completaba con frutas silvestres recogidas en el monte. Desde el nacimiento fue un niño muy enfermizo, lo cual contribuyó con su configuración flaca y esquelética. Los adultos le decían Don Quijotico, para reírse de él. En la escuela era el más pequeño del salón y los maestros siempre lo sentaron en los primeros puestos.

En su casa nunca existieron suficientes recursos económicos para proporcionarle los alimentos necesarios y variados, que le pudieran garantizar una vida sana. Sin embargo, salía siempre a la playa a ver si algún chinchorro estaba calando para ayudar en el trabajo de traer la red a tierra. Colocaba la boza en las cabuyas y aportaba su pequeño esfuerzo. A los pescadores les gustaba esa actitud del niño y lo

recompensaban con la mitad de parte que le daban a los hombres.

Ensartaba los pescados en una pita que introducía por los opérculos y caminaba con ellos colgados de su mano por la caliente calle de la aldea, debajo del calcinante sol. En las puertas de las casas las señoras solían exclamar que, en un mañana, ese muchachito tenía que ser alguien importante en la vida, porque desde pequeñito se preocupaba por llevar la comida para su casa.

Era buen estudiante. Antes de irse a la escuela, temprano por las mañanas, cargaba el agua desde la pila hasta su casa. A pesar de sus debilidades físicas, poseía sólidos valores sobre la preservación de la vida y no permitía que nadie abusara de los seres más desvalidos e inofensivos. Con sus valores y principios le bastaba para defender lo que consideraba justo. En las peleas nunca llevaba las de ganar, pero la defensa de los desamparados le mantenía siempre la moral en alto, como para no dejarse vencer.

Índice

A las nubes en un velero	9
Las recolectoras de estrellas.	15
La noche de las luciérnagas	21
La nube de algodón de azúcar.	27
Los niños que crearon la navidad	31
Un nacimiento en el mar	36
Rebelión en el fondo del mar	45
Balandro, el burrito pescador	49
El chivito huérfano	55
La boda de la luria y el calamar	65
La pequeña aprendiz de detective.	69
Don Quijotico.	74



A las nubes en un velero
se imprimió en el mes de noviembre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Venezuela.

Son 1.000 ejemplares

A las nubes en un velero es un libro que todo venezolano, niño o adulto (no nos dejemos engañar por etiquetas), estará encantado de leer. En la travesía —a veces sal y otras, mar— a la que su autor, como buen pescador, nos invita, veremos relumbrar al sol modismos, usos, costumbres, juegos tradicionales, adivinanzas, canciones, todo macerado, destilado y ofrendado en un lenguaje poético contundente. Obra ganadora de la I Bial de Literatura Infantil y Juvenil Carmen Delia Bencomo 2023.

CÉSAR LUIS FRANCO RIVERO

(Manicuaire, 1953). Licenciado en Educación, mención Biología (UDO). Integrante del Centro Cultural Cruz Salmerón Acosta desde su fundación, dedicándose al rescate de la obra literaria del poeta Cruz Salmerón Acosta y de la cerámica utilitaria de la región. Ha participado en los talleres nacionales “Tu cuento espera”, “Taller Libro álbum” y “Taller de la anécdota al cuento existe un trecho”, dictados por el CENAL. Ha publicado artículos pedagógicos en *Escenario* y participa en eventos educativos regionales y nacionales. Ganador de la VI Bial Cruz Salmerón Acosta, mención literatura infantil, con su poemario *El cayuquito de Chucho* (2022).

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA


MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

